

PALABRAS DEL VICEPRESIDENTE DE NICARAGUA  
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER  
EN OCASIÓN DE LA ACEPTACIÓN DE LA CONDECORACIÓN  
DE LA MEDALLA DE LA SABIDURÍA  
DURANTE EL PRIMER CONGRESO DE LECTURA  
“LEER ES VIVIR”  
SABADO 18 DE ABRIL DE 1998

- Amigos todos:



Recibir una condecoración es un acto satisfactorio; pero recibirla por la sabiduría, constituye una distinción altamente subjetiva y generosa con la que me honran los organizadores de este evento. Me comprometo. Es un reto a mi comportamiento y conducta cívica que espero poder enfrentar. Y tal como decía cada vez que recibía una condecoración, el escritor argentino, Jorge Luis Borges : “La humanidad siempre comete generosas equivocaciones”.

Yo les agradezco por haberme honrado al permitirme estar acá con ustedes; pero sigo sin comprender qué es la sabiduría. A este respecto quiero compartir con ustedes los términos que los franceses usan en su lengua para calificar al sabio: ellos usan dos palabras: la palabra “savant” para calificar al hombre letrado; y la palabra “sage” para calificar al hombre que, aunque incluso pueda ser un analfabeto, por sus experiencias y vivencias, ha adquirido la sabiduría de la vida; la que decimos que ha adquirido en la “universidad de la vida”.

Durante la segunda guerra mundial en el Pacífico Sur, un buen día en que el mar estaba muy picado, para que no se cayera, tuvieron que amarrar en su silla de la torreta de la ametralladora 50 al marinero que la manejaba. Apareció de pronto un avión japonés kamikase (los aviones manejados por pilotos suicidas) y todos los marineros que estaban en cubierta corrieron a esconderse bajo las mesas y camarotes, excepto el de la ametralladora 50 que disparaba y disparaba. Dio en el blanco y el barco se salvó. A la mañana siguiente hubo gran parada militar para condecorar al marinero de la 50. En sus palabras de agradecimiento dijo:

*“No sé porqué me condecoran. Yo porque estaba amarrado, porque si he estado suelto, también me corro y escondo como ustedes.”* Así me siento yo hoy.

Yo no sé qué pueden decir ustedes al respecto, pero la sabiduría sólo se tiene parcialmente: un poquito más o un poquito menos. Sabio es... sólo Dios. Sin embargo, Dios no invita a gobernantes y gobernados, en el Libro de la Sabiduría, a buscar la sabiduría: “Amad la luz de la sabiduría todos los que estáis al frente de los pueblos (...) La muchedumbre de sabios es la felicidad del mundo; y un rey sabio es firme sobre su pueblo.”

Pero, deseo referirme al tema central que hoy nos ocupa de manera especial: “Leer es vivir.” La frase me parece demasiado trágica si la comparamos con la realidad: hay países en el mundo en los cuales, más del 50% de la población no sabe leer, ni escribir. En el Tíbet el 90% de la población no sabe leer ni escribir.

En otras palabras, son personas que no han nacido para el mundo de los libros, de los periódicos, de las informaciones en los panfletos, de los rótulos en las calles ni de los manuales de instrucciones. Es como si hubieran nacido ciegos. Son minusválidos mentales, que para sobrevivir tienen que depender de los ojos de otros. Son seres más dependientes y vulnerables al engaño, a las mentiras, al abuso y al dominio.

Un amigo mío escribió una vez que “la lectura nos hace contemporáneos a todos los hombres”. Leyendo podemos conocer los pensamientos, los triunfos, los deseos o pasiones de otros seres tan distintos y a veces tan distantes, tales como los personajes de la Biblia, y al mismo Rubén Darío.

Un filósofo florentino del siglo XVI, se ponía sus mejores trajes para leer a los grandes clásicos de la antigüedad. Para él, era un honor el tener entre sus manos las obras que guardaban el pensamiento superior, elevado y culto.

El hombre es el único ser capaz de transmitir conocimiento de generación en generación; algunas veces de palabra, pero la mayoría de las veces por escrito. Las ideas que hacen posible el progreso, y la continuidad de las ideas que hacen mejor a la humanidad, se han logrado gracias a la escritura. Toda gran obra de progreso fue alguna vez una gran idea. Antes de la escritura no había referencias, no había más que memoria oral. Sin la escritura no habría ciencia, no habría pasado preciso, sino sólo recuerdos orales muchas veces traicionados por la memoria.

La escritura es un tesoro que no conoció el primer hombre. Los sumerios—un pueblo de la Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y Tigris— fueron los primeros astrónomos y astrólogos; fueron ellos los que dividieron el año en 12 meses, el día en 24 horas, la hora en sesenta minutos, y el minuto en sesenta segundos; quizás fueron ellos los que dividieron la semana en siete días; idearon un sistema postal, un sistema de pesas y medidas; inventaron el vehículo con ruedas, las construcciones con ladrillos.

Pero se les reconoce como los creadores de la más grande de todas las invenciones de la vida civilizada del hombre: la escritura. Esto sucedió hace ya más de 3.000 años.

Es por esto que nos parece inaudito que hoy todavía existan grandes proporciones de poblaciones en diversos países del mundo, que aún no han aprendido a leer y escribir.

Los sumerios inventaron la escritura, pero era una escritura basada en la representación de ideas por medio de dibujos. No fue sino hasta varios siglos después que otro pueblo de la antigüedad, los cananeos, inventó el alfabeto, al estilo de como lo conocemos hoy.

Después, en el siglo XV, el alemán Juan de Gutenberg inventó la imprenta. Con ella nació el libro que nos permitió transferir conocimiento e ideas de manera más veraz, masiva y duradera. Comienza así un gran despegue de desarrollo de todo tipo, recordando que desarrollo no es más que un índice de bienestar humano. Es verdad, hoy estamos comenzando a vivir la era del libro electrónico—la era de las computadoras, del internet, del correo electrónico, de la información y del conocimiento— pero la lectura y la escritura permanecen.

Dice un proverbio oriental que si dejamos de leer tres días, nuestra conversación habrá perdido belleza.

Abraham Lincoln, nació pobre en una humilde cabaña de piso de tierra; era hijo de un analfabeto y su madre murió cuando él tenía 10 años. Luego su padre se casó con Sara Johnston a quien Lincoln la llegó a considerar como su mejor amiga del mundo. Creció con poca educación; y sin embargo, amaba leer y leía y releía la Biblia y todo libro que caía en sus manos. “Mi mejor amigo—dijo una vez— es aquél que me presta un libro que no he leído”. Llegó a ser uno de los Presidentes más grandes de los Estados Unidos.

Lincoln comenzó con la sabiduría aprendida en la universidad de la vida y a través de la lectura adquirió la sabiduría de un letrado. Su vida está llena de vivencias que muestran la belleza de su conversación y de su pluma. Su Proclama de la Emancipación de los Esclavos (1863), es toda una bella obra clásica de la literatura de la democracia contemporánea.

Leer es vivir. Este país tuviera otra historia si hubiera habido más libros que fusiles. Estoy casi seguro de que en algún momento de la historia de Nicaragua, Don Pablo Antonio Cuadra dijo en un poema: "Voy a cambiar un libro por las bayonetas del tirano". ¿Qué pasa cuando leemos un libro? Lo vivimos. Vivimos la pasión, el ardor, las ideas, las lágrimas y alegrías del escritor.

Leer es vivir. ¿Qué pasa cuando leemos un libro? Nos abre la inteligencia; nos despierta la imaginación; nos sentimos vivir el momento narrado.

Leer es vivir. La lectura abre las mentes y hace crecer las fantasías en los niños. Es el contacto, la primera aproximación, a lo distante, a lo lejano.

Leer es vivir. Tal como lo dijo Rubén: "El libro es el telescopio del infinito".

Que Dios bendiga a Nicaragua. Muchas gracias.